

centado. —Juan Ferran Cabrer. —Narciso Rigalt. —Narciso Cargol Esteve. —José Bosch y Sivecas. —Joan Miró, propietario.

PARTE EXTRANJERA

Nada quizá prueba mejor el estado de Italia como la dificultad con que se ha tropezado para sustituir al Sr. Lanza, ex-ministro del Interior. A diez por lo menos ascienden los hombres políticos a quienes se ha ofrecido esa cartera y la han rechazado. Cuéntanse entre estos a Cialdini, Rattazzi, Vignani, Saracco, Villamarina, Mancini, Cantelli y otros más que no recordamos en este momento. Al fin para salir del paso se ha recurrido al expediente de nombrar al ministro de Instrucción pública, Natoli, como anunciáramos el sábado, creyéndose por lo visto que presentaría menos obstáculos el sustituir a este.

Y no es de extrañar que en los momentos presentes no se encuentre quien se atreva a cargar con la pesada responsabilidad de la cartera de Gobernación. Tengase presente lo que dijimos en nuestra Revista de anteayer sobre la situación de los partidos, y la sorda cólera que empezaba a manifestarse a causa de los nuevos impuestos con que el Gabinete de Florencia atormenta a los contribuyentes, y no habrá quien se asombre de esa tenaz y universal negativa. Tan ciertos anhelamos en nuestros pronósticos respecto a trastornos, que el último correo nos trae noticias de una tumultuosa demostración acaecida en Brescia, donde los revoltosos han invadido el municipio, protestando a gritos contra el impuesto de la riqueza movable. El motín fué dominado por la fuerza pública, no sin que haya que lamentar desgracias.

La demostración preparada por Mazzini para el 21 del pasado Agosto, aniversario de la catástrofe de Aspromonte, no se verificó al fin, como ya sospechábamos en vista de la publicación de la circular mazziniana. Las tropas de Turín estuvieron esedia sobre las armas, y aun, se prohibió a los oficiales que asistiesen por la tarde al Teatro nacional, donde se celebraba una función a beneficio de los coléricos de San Severo. Pero si merced a estas medidas, ocasionadas por la publicidad que, contra la voluntad de su autor, alcanzó la circular, no se verificó la demostración, aun no se ha desvanecido el peligro de que la demostración se verificase más adelante, ya empieza a murmurarse que tendrá lugar en los días 21 y 22 del presente, aniversario también de otro hecho sangriento: el de las jornadas de Setiembre, que ocurrieron cuando se trató el año pasado de la traslación de la capital. Sea de esto lo que quiera, la verdad es que el espíritu revolucionario está muy sobrecalentado, como se prueba, entre otros indicios, los pasquines que aparecen en las esquinas de las calles más concurridas de Turín de muerte al tirano!

¡muerte al Rey verdugo! ¡viva Mazzini! gritos desconocidos hasta ahora en el monárquico Piemonte tan afecto a la dinastía de Saboya. El Sr. Lanza, que ve todo esto y prevé cosas mayores, se ha puesto en salvo con tiempo, librándose así de la indignación universal con que es mirado el ministerio, y que acabará por caer tan exacerado como lo fué el de Peruzzi y Minghetti. La salida del Sr. Lanza deja al ministerio privado de uno de sus dos elementos principales. El Sr. Lanza, en efecto, representaba en el Gabinete la inteligencia, así como el Sr. Lamarmora representa la fuerza. Ahora se habla mucho del golpe de Estado que medita este, a fin de prevenir los asaltos de la demagogia, y de reanudar las negociaciones con Roma, que tanto desea Víctor Manuel, y sobre todo el tutor desinteresado de Italia, que no aspira a otra cosa que a ver consolidada su obra por todos los medios posibles. ¡Van as peranzas! Para devolver a Italia su paz, su sosiego y bienestar, no hay otro recurso que volver a las vías de la justicia y del derecho, de que anda tan extraviada.

El convenio de Gastein va a dar que hablar por mucho tiempo a los políticos, y con esto queda dicho que la cosecha de mentiras será larga. El *Morning-Post* sigue en sus trece, afirmando la existencia de artículos secretos relativos principalmente a la cesión del Holstein por parte de Austria, y a la garantía de las provincias alemanas y no alemanas que Prusia se encargará de obtener de la Dieta. Los diarios alemanes niegan por lo general la existencia de estos artículos secretos; nosotros, sin afirmar ni negar rotundamente estos artículos, no podemos menos de insistir en lo que ya otra vez hemos dicho, esto es, que nos parece muy verosímil que, ya por escrito, ya verbalmente, no pua de menos de haberse estipulado algunas compensaciones a la generosidad con que Austria ha procedido.

Entre tanto como sobre este asunto leemos en los diarios extranjeros, no debemos pasar en silencio, por más que no le demos gran importancia, la protesta de algunos Estados secundarios de la Confederación contra el acuerdo austro-prusiano. Dicen que en la sesión de la Dieta Germánica celebrada en Francfort el 31 de Agosto último, los representantes de Sajonia-Weimar, de Sajonia-Coburgo-Gotha y de Sajonia-Meiningen, han protestado contra el convenio de Gastein, y propuesto que se sometiera la cuestión ante un tribunal de árbitros.

Hasta que tengamos más detalles no podemos saber hasta qué punto merezca atención esta conducta de los Estados secundarios. Creemos desde ahora que la hostilidad de esos Estados contra las dos grandes Potencias alemanas influirá poco, mejor dicho, nada en los planes de Francisco José y el Rey Guillermo.

¿Qué influencia en efecto puede tener en el estado a que han llegado las cosas esa tardía protesta de los Estados secundarios? No hubiera sido el momento oportuno de manifestar su opinión cuando Austria vacilaba en aceptar las proposiciones prusianas, concisadas de mucho tiempo atrás, ayudando así eficazmente la resistencia que manifestaba aquella Potencia a las exigencias exageradas de Bismark? Y la Dieta, ¿qué fuerza ni autoridad puede tener hoy para oponerse a la voluntad de las dos grandes Potencias germánicas, después que consintieron ver eliminado el contingente federal de la guerra de los Ducados, lo cual probaba que los dos Soberanos querían imprimir a la cuestión un carácter personal y en provecho solamente de sus Estados?

Por lo mismo que esto es tan claro, si la actitud hostil de la Dieta se confirma, menester será buscar en una influencia extraña a ella misma, la causa de esta conducta. ¿Cuál puede ser esta influencia? No es difícil responder a esta pregunta, si tenemos en cuenta que existe una política que no puede ver con buenos ojos el buen acuerdo y preponderancia de Austria y Prusia. Esta política es la napoleónica. Napoleón, en efecto, no puede ver sin pesar el engrandecimiento de Prusia, que imposibilita cada día más el proyecto que se le atribuye de anexiones en las provincias del Rhin, ni la fuerza que adquiere el Austria con la alianza de Prusia, lo cual es un peligro y una amenaza contra el reino llamado de Italia, hechura de sus manos. Algun indicio de estas suposiciones encontramos en un artículo del *Morning-Post*, donde se leen estas palabras: «No se imaginan Alemania que Francia o Inglaterra guardarán silencio sobre el convenio de Gastein, a causa de los temores que abrigan por el estado tiránico de sus relaciones con los Estados Unidos.»

Júntese con esto la intimidación política que existe entre los hombres de Estado del Gobierno franceses o adictos a su política, con los hombres de Estado de las Potencias secundarias de Alemania; recuérdense además las entrevistas frecuentes que han tenido lugar entre unos y otros, y no se encontrará inverosímil lo que hemos dicho de la influencia extraña a la Dieta que puede haber impulsado esas protestas de que nos hablan los periódicos.

Cayó por fin todo el ministerio portugués. Hasta ahora no sabemos más sino que el señor Aguiar, antiguo ministro, ha sido encargado de formar el nuevo. Aguardamos a conocer los miembros de este nuevo Gabinete para juzgarlo.

TELEGRAMAS.

PARÍS, 2.

El antiguo senador Walski, que ha renunciado recientemente este cargo por haber sido elegido diputado por el distrito de Londres, ha sido nombrado presidente del Cuerpo legislativo.

FLORENCIA, 1.

Dice la *Gaceta oficial* que el Rey ha aceptado la dimisión del ministro Lanza, y ha sido nombrado para reemplazarle en dicho cargo el Sr. Natoli.

En un accidente ocurrido en el trayecto del camino de hierro que media entre Trono y Ancona, han resultado cuatro muertos y algunos heridos.

NOVA-YORK, 25.

Sigue haciéndose la reducción en la marina. Van emprendiéndose de nuevo con la mayor actividad los negocios.

El oro está a 43 3/8. El algodón a 43. El café a 43.

Dice el *Morning-Post* que la inteligencia de Prusia Austria para engrandecerse a expensas de sus vecinos, redundará más o menos tarde en perjuicio de las citadas Potencias.

LISBOA, 2.

El vizconde de Castro, ha formado nuevo ministerio.

La *Gaceta de Kiel* dice que los Estados de Holstein se reunirán el miércoles para deliberar acerca de la situación del país.

ROMA, 1.

Se asegura que el Consistorio tendrá efecto el 25 de Octubre.

El Papa hablará de las negociaciones con Florencia.

SAN PETERSBURGO, 1.

La peste de Siberia hace espantosos progresos en el Gobierno de Peun y se ceba cruelmente en los distritos de Katerinbourg, Irbit, Nerchowsk, Kamyslovsk y Schadimsk.

VARSOVIA, 2.

Se espera para mañana o pasado mañana al Emperador Alejandro.

PARÍS, 3.

La escuadra francesa ha vuelto a Cherburgo. Han llegado a Copenhague 2,200 individuos del Ducado de Schleswig, habiendo sido recibidos con el mayor entusiasmo.

El Reichsrath ha desechado el voto particular por 31 votos contra 43.

PARÍS, 3.

Esta tarde a las tres, después de cerrada la Bolsa, han quedado los fondos a los precios siguientes:

8 por 100 franceses, 69 20.
4 1/2 franceses, 99 00.
Fondos ingleses mudados, 49 7/8.
Id. antiguos, 24 1/8.
Consolidados turcos, 43 1/2.
Id. ingleses, 89 3/4.
3 por 100 portugueses, 47 1/8.
5 por 100 italianos, 60 10.
Cambio sobre Lisboa, 540.
Crédito territorial francés, 1,340.
Crédito Mobiliario francés, 822.

español, 515.

Ferrocarril del Norte de España, 220.

De Alicante a Zaragoza, 431.

Id. portugueses, 195.

Id. lombardos, 471.

PARÍS, 8.

En la Bolsa de hoy han quedado: el 3 por 100 interior español, a 60 0/0; el 3 exterior, a 60 0/0; la deuda, a 60; la amortizable, a 60 0/0; el 3 por 100 trances, a 69 20, y el 4 1/2 a 99.

LONDRES, 2.

Los consolidados ingleses quedaban de 90 a 5/8.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID 4 DE SETIEMBRE DE 1863.

LOS CATÓLICOS Y LAS ELECCIONES.

Mis queridos amigos y compañeros: Estamos en vísperas de unas elecciones generales que, a no dudarlo, han de influir, más que otras muchas de las precedentes, en la suerte de la patria. En la expectativa de tan grave acontecimiento, ¿cuál debe ser la conducta de los españoles verdaderamente católicos y eminentemente monárquicos, que forman la inmensa mayoría de nuestra nación?

Mé aquí, mis queridos amigos, el punto que me propongo examinar con esa franqueza y sinceridad a que están habituados nuestros lectores, resolviéndolo con sencillas deducciones de principios inconcusos de sana moral.

Ante todas cosas: ¿es lícito a un católico tomar hoy parte en elecciones de diputados a Cortes?

Planteo esta cuestión, porque así lo exige el método que me propongo seguir, no ciertamente porque en realidad ofrezca la menor duda. Yo al menos, ignoro que nadie la haya resuelto en sentido negativo. La elección en sí es un acto racional y generosísimo, propio de la libertad cristiana y de la dignidad del hombre constituido en sociedad. La Iglesia, que es la sociedad más perfecta que existe en la tierra, se ha valido y sigue valiéndose de este método en los concilios, en los Cabildos, en las comunidades religiosas, en curatos que todavía se confieren en algunas partes en virtud de patronato popular, y en varias otras ocasiones.

La elección, aplicada a personas que han de intervenir en la formación de las leyes civiles y en los consejos del Gobierno, práctica racional es de todos los pueblos católicos, y muy singularmente del pueblo español desde el origen de nuestra monarquía.

El sistema electoral ha variado; y aunque el actual no sea, ni con mucho, el mejor, con todo, como de nosotros no exige ninguna cosa que sea mala, y como cabalmente por la elección, y sólo por la elección, podemos llegar a modificarlo, resulta que los hombres de recta conciencia lícitamente pueden tomar parte en las próximas elecciones.

No daña a la honestidad del acto que las elecciones de diputados a Cortes sean meramente políticas. La política, de que tanto se abusa, considerada en su sentido propio de arte de gobernar bien a los pueblos, es una cosa necesaria en toda sociedad civil y por lo tanto esencialmente buena. Y cuando la política es mala, cuando se toma como medio de corrupción, o como pretexto para mezclarse indebidamente en asuntos eclesiásticos que no son de la competencia de la potestad temporal, la elección de diputados entendidos y probos, es en el actual sistema el medio más obvio y eficaz de encauzar a los Gobiernos para que no se desborden ni invadan terrenos que no les pertenecen.

No basta, sin embargo, a la honestidad de las acciones humanas que estas parezcan buenas en algún concepto: es menester que lo sean en todos, según el axioma moral, *bonum ex integra causa; malum ex quocumque defectu*. De aquí la siguiente cuestión, ampliación de la primera:

¿Tienen que infringir los católicos ninguno de los divinos preceptos, tomando parte en las próximas elecciones de diputados a Cortes?

Esta elección, formalmente considerada, consiste en enviar al Congreso personas que, después de haber prestado cierto juramento, concurren con su inteligencia y su voto a la formación de las leyes, y aprueban o censuran del mismo modo los actos del Gobierno. Del acto material de la elección nada tenemos que hablar, pues se reduce a depositar en la urna el nombre de ciertas y determinadas personas.

Si al diputado se le exige para tomar asiento en la Asamblea juramento contrario a la ley de Dios, como hasta poco tiempo ha, sucedía en Inglaterra; ciertamente no sería lícito a ningún católico intervenir en la elección; pero no existiendo entre nosotros condición semejante, el acto formal del sufragio subsiste completamente honesto, honesto *ex integra causa*.

Problemas que no se oponen a la justicia el juramento que actualmente tienen que prestar los diputados españoles. Juran estos guardar y hacer guardar la Constitución de la monarquía, fidelidad y obediencia a la Reina doña Isabel II y mirar en todo por el bien de la nación.

La Constitución reconoce como principios fundamentales la unidad católica, la monarquía hereditaria y la concurrencia de las Cortes con el Rey para la formación de las leyes. La primera de estas bases es lo perfecto en su línea, y por lo tanto esencial y absolutamente buena; y las dos restantes, buenas son también, rela-

tivamente hablando, esto es, dada la historia, tradiciones y, si se quiere, las circunstancias actuales de la nación española. Monarquía hereditaria es para nosotros, siguiendo el común sentir de los escritores católicos, la forma de gobierno menos imperfecta; y la institución de las Cortes con tales o cuales condiciones, ha nacido del espíritu católico, es hija de los tiempos llamados de absolutismo, y nunca jamás ha sido derogada en España. Los liberales nada tienen que ver con las Cortes, sino el haberlas viciado con el parlamentarismo.

Digo más: el principio de unidad católica es de suyo tan excelente y transcendental, que rectamente aplicado, basta para enderezar algunos otros artículos de la Constitución. Recordarán Vds. lo que acerca de este punto dice el nuevo bien ponderado Padre Taparelli: cuando al infeliz Carlos Alberto, padre del aun más desdichado Víctor Manuel, se le expuso la necesidad de dar a la nación sarda una Constitución en esta nuestra época, en que tan de moda están las Constituciones, tomó un pliego de papel y escribió de su puño y letra: «Artículo 1.º La Religión de Cerdeña es la católica, apostólica, romana, con exclusión de todo otro culto.» —«¡Hecho esto, dijo a sus ministros: —«Ahora ponei vosotros lo que os dé la gana.» Como diciendo: —«con esto queda a salvo mi conciencia.» Todo lo demás tendrá que subordinarse a este principio.

El juramento que se hace de guardar y hacer guardar la Constitución, no es absoluto. Obliga sólo mientras la ley está en vigor; pero no exige una adoración perpetua de la misma, ni tampoco impide procurar por medios legales el perfeccionamiento de la misma Constitución jurada. Tan cierto es esto, que no existiendo partido alguno que no haya jurado la Constitución vigente, apenas exista ya fracción política que, como doctrina, la admita por completo. Demócratas y progresistas del todo la rechazan; de los unionistas, unos quieren el *acta adicional*, otros piden la reforma del Senado; los moderados enmendaron algunos de sus artículos, y no pueden ver con buenos ojos que la Unión liberal haya derogado la enmienda: todos juran la Constitución, y todos trabajan para abolirla o modificarla.

De aquí se infiere que la primera parte del juramento, no implica perfecta conformidad de ideas y opiniones con la ley fundamental; se acepta como un hecho legal ante el cual hay que inclinarse la frente, no como un símbolo de creencias políticas.

Si acerca de cualquier otro artículo ocurriese la menor duda, debe tenerse presente que cuando una cosa es clara y terminantemente contraria a la ley de Dios, ni se puede jurar su cumplimiento, ni el juramento tendría validez; pero cuando es susceptible de una interpretación conforme a la moral y de otra interpretación contraria, puede jurarse sólo en el primer concepto, rechazándola abiertamente en el segundo. Así los primeros cristianos se dejaban matar antes que reconocer y sacrificar a los ídolos; pero al oportuno tiempo, servían a los Emperadores y se exponían a morir en su defensa, por más que los Emperadores se intitulasen también Pontífices Máximos. El juramento de fidelidad los confirmaba en la obligación de dar al César lo que era del César, pero no les imponía la de dar al César lo que era de Dios.

No hay duda, pues, de que un buen católico puede ser hoy diputado a Cortes con segura conciencia, y por consiguiente, que sin infringir ningún divino precepto, se puede tomar parte en las elecciones.

Pero avancemos un poco: ¿es obligatorio este acto?

No tocaría siquiera esta gravísima cuestión, si no estuviese resuelta por los más seguros moralistas, a los cuales me limitaré a copiar. Scavini, que sigue la doctrina de San Alfonso Liguorio, Scavini, cuya obra, dedicada a Pío IX, ha sido aceptada con encomio por Su Santidad, dice terminantemente: «que el precepto de elegir a los buenos (*debita proportionem*), obliga también, en los Gobiernos constitucionales y republicanos, a todos los electores de diputados; y añade que *salvas ciertas circunstancias no sólo pecan los que dan su voto a los malos, sino los que por no concurrir a la elección son causa de que por otros electores salgan elegidos aquellos*; pues estamos obligados a impedir todo mal a la nación. He aquí sus palabras textuales: *Præceptum probos eligendi (debita proportionem) in gubernio constitutionali ac republicano urget etiam omnes deputatum electores, et alios circumstantiis practis, non solum peccant qui malis suffragium tribuunt, sed etiam qui non concurrente in causa sunt, ut mali ab aliis eligantur.*

Téngase presente que esta es la regla general, y que así como puede haber casos y circunstancias que excusen de esta obligación, puede haber otros que le den mayor fuerza todavía. Tal es, a nuestro juicio, el caso en que nos hallamos hablando en general.

El Gobierno de S. M. contra toda ley y justicia, contra el espíritu y letra de la misma Constitución, según la cual sin consentimiento de las Cortes no puede desmembrarse el territorio de la Monarquía, contra lo expuesto con admirable energía y unanimidad por nuestros muy Reverendos Prelados, acaba de reconocer el mal llamado reino de Italia. Este acto es evidentemente anti-católico, y separa al Gobierno de la conciencia pública: es esencialmente injusto y malo. Las Cortes futuras están llamadas a darle o negarle su sanción, aprobando o

reprobando la conducta del Gobierno; luego es obligación grave y estrechísima de los electores enviar al Congreso diputados que den al Gobierno un voto de censura, y le acusen en su día ante el tribunal competente, que es el Senado, por un hecho contrario a las leyes divinas, eclesiásticas y aun a las civiles, pues como hemos visto, se opone a la misma Constitución del Estado. Luego no sólo obrarán mal los electores que den sus sufragios a los candidatos que en este punto apoyen al Gobierno, sino también aquellos que, por abstenerse de votar, sean causa de que otros elijan candidatos que aprueben en este punto la conducta del ministerio.

Siendo, pues, aquella doctrina, y dejando a salvo circunstancias particulares, faltará a su deber quien sin legítima causa se abstenga de votar, y más aún quien vote a un candidato partidario del reconocimiento, sea progresista, sea de Unión liberal, sea en fin, moderado de esos que fácilmente suelen aceptar como buenos los hechos consumados.

Otro deber se desprende también del principio sentado, y se demuestra por la razón que acabo de exponer: el de amonestar al prójimo a que haga buen uso de sus derechos electorales, dando su voto a candidatos de toda probidad y concertándose con los buenos para que la acción individual y los esfuerzos particulares no sean perdidos. De aquí la necesidad de proceder de común acuerdo, con orden y armonía; de aquí, en fin, la necesidad de la organización de los españoles verdaderamente católicos, de que hablaré luego.

El mencionado Scavini, apoyándose en la autoridad de los Obispos de la provincia eclesiástica de Turin, hace extensivo a los Sacerdotes, como vindicadores e indicadores de toda obligación moral, el deber de ilustrar al pueblo acerca del buen uso de este derecho; pero sobre este punto guardaremos silencio, pues sería verdadera petulancia que los discípulos osáramos enseñar a nuestros verdaderos maestros.

De lo dicho inferirán ustedes que soy franco y acérrimo partidario de la política o sistema de acción, contrario en las actuales circunstancias a todo retraimiento. Lo soy, en efecto, hasta el punto de creer obligatoria la conducta activa que puede llevarnos, si no inmediatamente al triunfo definitivo de nuestras ideas, por lo menos a que se tenga cuenta con ellas en el Gobierno, a que se nos respete y se nos tema, tanto en el Parlamento como fuera de él.

La ocasión no puede ser más propicia: o ahora o nunca.

Sólo una objeción aparentemente grave puede hacérseme; a saber: que no estamos organizados para la lucha electoral. Así es, en efecto; pero la objeción tendría fuerza si sólo tratásemos de vencer, esto es, de obtener mayoría en el Congreso. Claro es que debidamente organizados el triunfo sería nuestro. Mas no tratamos de vencer hoy, sino de echar hoy para triunfar mañana: tratamos de que los elocuentes aceros de los Nocedales, Aparisis y Claros vengan seguidos de respetable número de votos: tratamos de logrearlos, como bisoños en este género de lides, para emprender luego la campaña con un ejército de veteranos.

La cuestión suscitada acerca de la conducta que deben seguir los católicos en las futuras elecciones, pareceme, pues, en los siguientes términos resuelta:

1.º Negar el voto a todo candidato que directa o indirectamente apruebe o haya aprobado el reconocimiento de las sacrílegas usurpaciones de Víctor Manuel, y no esté dispuesto a exigir la responsabilidad al funestísimo ministerio que ha consumado este acto;

Y 2.º Votar al diputado probo y verdaderamente católico, y no abstenerse de votar sin causa legítima; antes bien, trabajar ardentemente por el triunfo de la candidatura católica, empleando siempre medios legales y moralmente buenos, pero empleándolos con fe, con vigor, con actividad, cual si obrase cada cual en causa propia, y más aún, porque trabaja clara y evidentemente por la causa de la Iglesia, por la causa de Pío Nono, por la honra de nuestra católica Nación, en una palabra, por la causa de Dios.

Caben en esto, y repetidas veces lo he indicado, legítimas excusas de condición y naturaleza privadas. No tengo que ocuparme, por lo tanto, en aprehérlas, ni siquiera en exponerlas. Pesen estas excusas en la balanza del juicio, y ante los ojos de una recta conciencia; resolver cuando la excusa es mero pretexto, el miramiento egoísta, y la prudencia miserable cobardía, no nos corresponde a nosotros; los buenos católicos tienen en casos semejantes regla segura a que atenerse, que es el dictamen del Sacerdote docto y prudente que dirija su conciencia.

Pero hay una excusa general, y a todas luces legítima; que justifica plenamente la abstención de votar, el alejamiento de las urnas, a saber: la inutilidad notoria y evidente de nuestro sufragio o de nuestros esfuerzos individuales para conseguir el fin que nos proponemos, que es el triunfo del candidato probo que ha de sostener en el Congreso la causa de la Religión y de la sociedad. ¿De qué servirían, en efecto, media docena de votos en favor de un diputado católico, allí donde los contrarios los obtuviesen por millares? Sólo de molestia a los buenos, y quizá de burla y escarnio a los impios.

Ahora bien, que los católicos formamos la inmensa mayoría de la nación, es indudable;

que esta inmensa mayoría detesta y rechaza corralmente el reconocimiento del mal llamado reino de Italia, lo está demostrando matemáticamente. El PENSAMIENTO ESPAÑOL hace dos meses, y lo acabará de poner en evidencia el 8 de Setiembre.

A mayor abundamiento, tenemos la confesión del liberalismo mismo Sr. Posada Herrera, que no lo ha manifestado en el Congreso ser conveniente extender el derecho electoral, para que tomase parte en el movimiento político la gran masa de la nación que, confesó, no estaba con los partidos militantes. El testimonio es irrecusable, y nos ahorra de toda otra prueba.

Y sin embargo, obrando esa gran masa nacional por impulsos individuales, los resultados que diese en las urnas serían indudablemente mezquinos, y sobremanera desproporcionados a su ingente real y poético.

¿Y por qué? Porque esas fuerzas, aún no regimientadas para la lucha política, han menester de plan, de orden y concierto; en una palabra, de organización.

De aquí surgen una necesidad, un gran deber, una tremenda responsabilidad; necesidad de organización, deber de prestarnos todos a la disciplina, y responsabilidad de no llevarla a cabo antes hoy que mañana. Porque, si culpables son, según los moralistas, no sólo los electores que dan el sufragio a candidatos malos, sino los que por no concurrir a las urnas son causa de que los malos triunfen y sean vencidos los buenos, gran parte de esta culpa alcanza a los que por no promover, pudiendo, esta organización, o no juntarse a ella, desaprovechan su gran fuerza numérica, produciendo por inercia y flojedad los mismos efectos que el retraimiento de los buenos en emitir el sufragio.

Esta responsabilidad, nos alcanza en primer lugar a los que habitualmente residimos en Madrid, centro natural de todo movimiento político, y muy especialmente a los que por cualquier causa que sea ejercen alguna influencia desde ese, centro en la gran masa católica de la nación que no está con los partidos militantes, por valen de la frase del Sr. Posada Herrera.

Todos nosotros, y yo entre ustedes, estamos echando diariamente en cara a los católicos tibios su desaliento, su cobardía; todos los decimos a una voz que ha llegado la hora de la actividad, del sacrificio; que la abnegación es un deber y el reposo culpable.

Pues bien, esas personas a quienes tan duramente increpamos, ¿no pueden regirnos con las palabras del Evangelio: *Medice, cura teipsum*? Si, como acabamos de ver, por falta de dirección en la lucha electoral, dejamos de sacar el partido correspondiente a nuestras grandes fuerzas, ¿qué cargos no nos esperan cuando comparezcamos ante el tribunal de Dios, y en el espejo de la divina justicia veamos que gran parte de los inmensos males que afligen a nuestra desventurada nación es debida a la falta de concierto de los buenos, falta que acaso hemos podido remediar, y cuyo remedio ni siquiera hemos intentado?

Tal vez hasta ahora no había llegado el momento oportuno; tal vez para removernos se necesitaba el poderoso reactivo de la grande iniquidad que se acaba de cometer con nuestro Santísimo Padre Pío IX; tal vez era indispensable esa maravillosa y nunca vista excitación de las exposiciones en masa, ese gran movimiento popular desatendido, ese riquísimo tesoro de piedad, de ternura, de sentimientos eminentemente católicos y monárquicos débilmente menospreciado; tal vez ni nosotros mismos teníamos cabal conocimiento de lo que son, de lo que valen, de lo que pueden en este suelo verdaderamente privilegiado y excepcional las tradicionales creencias y hondamente arraigados afectos del pueblo español; pero hoy que hemos colgado a los balcones nuestras más espléndidas vestiduras; hoy que adornamos las fachadas de nuestras casas con las más ricas joyas acumuladas en diez y ocho siglos; hoy que sacamos al aire libre todo lo que custodiábamos con filial respeto en lo más recóndito de nuestros hogares; hoy que hacemos público alarde y exposición permanente de nuestros ricos sentimientos nacionales, hoy no tenemos disculpa para continuar en nuestro papel de vírgenes fatuas, y es menester que aprovechemos el gran caudal de amor, de lealtad que se ostenta a los atentos ojos de nuestros mismos adversarios, sin que desperdicemos ni un solo óbolo, ni una sola lágrima, ni un solo suspiro.

La organización sería difícil en otros tiempos; hoy no lo es: hoy el terreno está preparado esperando con ansia el grano que ha de derramar el cultivador para convertirlo, con el rocío del Cielo, en planta lozana y ubérrima espiga.

Ante todas cosas, importa que evitemos un grande y peligrosísimo escollo. Por mil veces que desperdiciáramos, esto es, que no hacer uso del tesoro que tenemos a la vista, sería hacer de él mal uso, profanarlo, sagrado como es, echando mano de él para cosas completamente mundanas, como son banderías políticas y bastardos intereses de partido. Si al ensanchar el sufragio electoral se ha propuesto el Gobierno hacer que la gran masa de la nación tome parte en el movimiento político, haciéndola entrar en las filas de los partidos militantes, corrompéndonos como se ha corrompido de medio siglo acá el resto del país separado de esa gran masa, es menester que nosotros procuremos a toda costa conciliar la actividad y libertad del movimiento con la rectitud que constituye nuestra verdadera fuerza. Limitémonos hoy a la defensa de la Religión y de los principios sociales; fijémo-

nos en lo necesario, dando de mano por ahora a todo lo controvertible y dudoso. El desatendido furor de nuestros enemigos, la rabia anticatólica que de todos ellos se ha apoderado, nos suministran, por desgracia, poquísimos motivos de alarma y de unión de todos los elementos católicos y verdaderamente conservadores que existen en el país, no sólo formando esa gran masa de que hablaba el Sr. Posada Herrera, sino en el seno mismo de los partidos políticos, a donde han ido por engaño o por sorpresa, donde viven débiles y enfermizos, sin aire y sin luz, como flores trasplantadas a las cavernas, que no han vuelto a ser acariadas por un rayo de sol.

Bandera de esta unión católica, verdaderamente española, ya lo hemos dicho antes de ahora y no nos causaremos de repetirlo, debe ser la Euclicia *Quanta cura* y el *Syllabus* de Su Santidad. Ambos documentos son la condenación completa del liberalismo, cuyas doctrinas precisamente estamos llamados a combatir. No nos salgamos, pues, de este terreno, completamente firme y seguro, y nuestro programa está hecho. ¿Les parece a Vds. poco, en estos tiempos en que no hay partido, que no esté subdividido en fracciones infinitesimales, en que no hay dos liberales que quieran una misma Constitución y puedan formar un programa político y social contenido en un pliego de papel; les parece a Vds. poco, repito, tener un cuerpo de doctrina formulada en 80 proposiciones aceptadas en todo el orbe católico, inconcusas, indefectibles y fuera de todo linaje de controversia? En este punto coincidimos todos; aquí nos encontramos todos, y de aquí parte la gran línea divisoria que separa ya y separará hasta la consumación de los siglos, a los católicos de los liberales. Esta es la punta del dardo acerado que ha de herir de muerte a la revolución, porque no conozco en la historia error ninguno que no haya perecido o no esté destinado a perecer así que le haya alcanzado una sola de las flechas que se disparan desde el Vaticano.

Como medio también de corresponder a la santidad de nuestra doctrina y de preservarnos de la general corrupción, considero indispensable que todas cuantas personas formen parte del gran centro directivo de la unión española, sean independientes del Gobierno; que no obtengan ni aspiren a obtener empleos públicos retribuidos por el Estado, o no ser inamovibles y adquiridos por rigurosa oposición.

Y pues alguien ha de ser quien tome la iniciativa, creo que algunos respetabilísimos senadores, diputados católicos, directores de periódicos no liberales y otras personas que excuso indicar a Vds., no se negarían a formar parte de este gran centro directivo, y mucho más si se tiene en cuenta que el objeto ha de ser puramente la propagación y defensa de la doctrina católica dentro de la esfera política.

Asociaciones innumerables hay meramente religiosas y caritativas que huyen con saludable instinto de todo contacto con la política: la que propongo debe vivir precisa y exclusivamente en ese terreno adonde las otras ni deben ni quieren llegar.

Me consta que casi todas las personas arriba indicadas están hoy fuera de esa capital; pero no importa, su aceptación es casi segura y puede venir formalmente al cabo de cinco días. Lo que sí les aseguro es, que no tardarán ustedes en recibir adhesiones de todas las provincias, en las cuales deben formarse juntas ramificadas, hasta en la más ignorada aldea de cada una de ellas. En las redacciones de nuestros periódicos hay datos seguros para preverse en este punto de lamentables equivocaciones.

Esta organización debe tener por principal objeto las elecciones, así de diputados a Cortes, como de diputados provinciales e individuos de ayuntamiento, y la propaganda de periódicos, libros y folletos político-religiosos que tanta falta están haciendo en España. Dejemos las publicaciones devotas y místicas a otras asociaciones, y auxiliémoslas privadamente cuanto podamos; pero no nos salgamos de nuestra modesta esfera que es y será la política, mientras política se llame en España el combatir la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, la unidad religiosa, la autoridad del Papa y de los sucesores de los Apóstoles, enseñar toda clase de errores dogmáticos en la prensa, en la cátedra, en la tribuna y hasta en los bancos ministeriales, y empobrecer al Clero para desprestigiarlo a los ojos del mundo materialista en que vivimos.

Organicémonos, pues, para todo lo bueno dentro de ese campo que los impíos llaman de la política, por no atreverse aún a darle su verdadero nombre de *odio a la Religión*. Si la revolución fiera nos llega a sorprender desorganizados, la reacción, ténganlo ustedes por seguro, será mucho más difícil, porque nos cogerá extenuados y cada vez más corrompidos, y será doctrinaria, será liberal. Liberal *moderada* fué en Francia después de la revolución de 1789, liberal *cesárea* después de 1848; y reacción liberal no es eficaz, no es verdadera y saludable reacción. Esta es una razón que debe hacer fuerza a los mismos pesimistas de buena fe.

Organicémonos: si vamos unidos y somos perseverantes, no hay remedio: o nuestros adversarios tienen que abolir el sistema representativo, o tienen que cedernos un día las riendas del Gobierno.

Organicémonos: no importa que hoy haya de ser imperfecta nuestra organización. Hoy no debemos proponernos el triunfo inmediato y com-

pleto, sino la disciplina. La próxima derrota, con tal de que permanezcamos disciplinados, será nuestra primera y más provechosa victoria.

Viana (Navarra) y Agosto de 1865.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

A la hora de escribir estas líneas, no hemos recibido aún por el correo el texto íntegro del discurso de Napoleón en el acto de recibir al nuevo embajador de España, señor marqués de Lema. Pero ateniéndose a las noticias del telegrafo, casi todos los periódicos han omitido su opinión. Ha sido general, no sólo en la prensa, sino en el público, la indignación que han causado las palabras del Bonaparte, que se cree ya con derecho a darnos lecciones de régimen interior, así como ha manejado y dirigido la política exterior del ministerio. Creemos que será leído con interés el juicio de la prensa, por lo cual copiamos lo más notable que han dicho algunos periódicos.

La *Patria*, con el título de *El tutor de Europa*, escribe en términos irascibles y belicosos un largo artículo, del cual copiamos algunos párrafos:

«La gravedad de las palabras pronunciadas por el Emperador de los franceses, al recibir ayer las cartas de despedida del Sr. Mon, y las que acreditan al marqués de Lema como embajador de España en aquella corte, no nos permite aguardar el texto íntegro del discurso de Napoleón III, para protestar altamente contra ellas y aplicar al audaz sentimiento que las ha inspirado el correctivo enérgico de nuestro patriotismo.

Es, en efecto, la primera vez que un Soberano se permite lanzar desde lo alto de su trono una censura más o menos embosada contra la conducta de un Gobierno extranjero, con el cual tiene el suyo relaciones de perfecta corralidad.

Se refiere a nuestras costumbres políticas; muestra el comato de intervenir en la gestión administrativa del país herido en que hemos nacido, y afecta a nuestra autonomía nacional.

Frente a frente de las palabras que nos ocupan, meditando, nos preguntamos: ¿Cuál pudo ser su sentido político? ¿Cuál el alcance ulterior que ha querido darles su autor?—No hacemos a Napoleón III la injusticia de creer que habla ociosamente: al decir lo que ha dicho, lo que Europa ha oído atónita y España indignada, algo se habrá propuesto.

No creemos que se atreva a soñar con una preponderancia que ningún Gobierno español sufriría con paciencia. Tampoco podemos admitir que sea su objeto denunciar de esa manera a nuestros ministros presentes y pasados, señalándonos a la ira del pueblo hispano, porque, o tiene S. M. ya poca memoria y escaso conocimiento de nuestra raza, o debe saber que una acusación francesa produce necesariamente una abstención española; y menos aun es lícito pensar que aspira a ostentarse a los ojos del mundo como ejerciendo también entre nosotros esa tutela pretenciosa que se arroja sobre otras naciones, porque hoy se observa y se piensa demasiado para que sean posibles ciertas farsas. ¿Cuál es, pues, la idea profunda que se oculta en esa mente, que alguien ha llamado con candida sima inextinguible?

Y ahora, conveganos en que las palabras del que podrá ser Júpiter en Francia y en alguna otra parte; pero que aquí en la clásica tierra de España, no es sino un simple mortal, que si mucho se ocupa de nosotros, conseguida que la historia haga una trasposición en la frase subrayada; en el país que Napoleón el Grande no logró hacer temblar sino de cólera, no significan más que un arranque de impotente mal humor.

Las conminaciones, séase aliende el Pirineo, por duras que sean, se rompen al caer en el suelo de roca de la patria de Castaños.

El Reino, más benévolo, se expresa así:

«La observación del Emperador es más propia de una conversación privada que de una recepción solemne y oficial. Pero si quisieramos discutir sobre esta tesis de escasa importancia, diríamos que nuestro país es monarquía constitucional hace más de treinta años, mientras que en Francia en igual período ha habido un poco de todo, monarquía constitucional, república, imperio, y estas variaciones son más graves que las de los funcionarios públicos.»

La Democracia dice:

«De todos modos, cualquiera que sea la intervención que en el asunto haya tomado el Sr. Mon, a quien no aborremos, lo maravilloso es la franqueza, la familiaridad con que el César se digna hablar del movimiento del personal de nuestros ministerios, y a decir al Sr. Bermúdez de Castro poco más o menos lo que hubiera dicho a Mr. Drouyn de Lhuys.

Es singular. Durante el primer mando de la Unión liberal, fué cuando el Emperador se permitió lanzar ante un embajador palabras profundamente ofensivas a la dignidad de España. Bajo el segundo imperio de la Unión liberal, es también cuando el Emperador se lanza a insinuar especies depresivas para nuestro ministerio de Estado.»

La Nación se expresa de este modo:

«Hé aquí a lo que nos exponen estos Gobiernos débiles, apañados y sin verdadero plan de política lealtad; a que una y otra vez nos lastimen los Monarcas extranjeros en las recepciones de nuestros representantes. Las palabras que hemos subrayado en el resumen del discurso de Napoleón, son la segunda edición de aquella otra famosa frase que dijo en una ocasión semejante: *De la Reina de España depende*, etc.»

El León Español juzga las palabras de Napoleón como un ataque a nuestra honra, diciendo:

«Como no es nuestro ánimo dejarnos nunca dominar de las pasiones de partido, nos abstenemos de explotar esta noticia en favor del nuestro y en contra de nuestros adversarios. Afecta a todos los españoles, y nos pondrá en ridículo en toda Europa, no porque las haya proferido el Emperador Napoleón, sino porque en las demás cortes extranjeras dirán con corta diferencia lo mismo que él ha dicho.»

Lo que sigue es de *El Progreso Constitucional*:

«No somos aficionados a sacar las cosas de su quicio natural, para entretenernos a ciertas exageraciones; pero si debe llamar nuestra atención la circunstancia de que Napoleón III haya herido por segunda vez, en un acto tan solemne como el de la recepción de un embajador, la susceptibilidad de los españoles. Cuando la célebre frase de la Reina de España depende, se dijo lo bastante para que el señor marqués de Lema se hubiese mostrado más precavido en este punto, y ya que las fórmulas de cancelaría exigen que se dé conocimiento a una y otra parte de los discursos que han de pronunciarse en tales actos, bien pudo haber quito se suprimieran unas palabras que envuelven siempre un cargo contra la independencia de un Gobierno que reemplaza a sus embajadores cuantas veces juzga conveniente, y que, por su propia dignidad, no debe tolerar que el jefe de un Estado amigo le censure por su proceder.»

La *Discusión*, tomando un estilo satírico, dirige una exposición al ministerio concebida en esta forma:

«Que, hallándose la nación española de tal modo atrasada en la carrera diplomática, que muy a menudo se ven los representantes de España en la vergonzosa situación de tener que sufrir de los Gobiernos extranjeros repulsas, notas enérgicas, amenazas embosadas o desventajosas, reconveniones, en fin, insultos; y habiendo notado que el petit Napoleón, con una generosidad que le honra y con una espontaneidad digna de aplauso, se ha propuesto enmendar la plana a los Gobiernos españoles, y mostrar la disciplina de dómine severo a los embajadores que España le envía, todo, por supuesto, con el santo fin de enseñar al que no sabe; y no debiendo quedar sin recompensa lecciones tan prudentes como aquella de que *de la Reina de España depende*, o bien la de *ame lamento del frecuente cambio*, etc., etc.

A V. E. suplica se sirva conceder a Napoleón (el chico) el empleo honorario de maestro de ceremonias del ministerio de Estado en España.»

El Eco del País dice entre otras cosas:

«Si no es una lección real de constancia, parece que tiene algún viso de serio. Y en este punto Napoleón III carece de autoridad para darla. El Gobierno español cambia sus representantes del modo que lo cree oportuno, parécele o no imitable a Napoleón III. Y este no debe expresar como Soberano una opinión que puede herir la susceptibilidad de un Gobierno amigo.»

Finalmente *La Regeneración* se explica así:

«Siendo ministro O'Donnell, Inglaterra nos pone veto y nos llamamos, y Francia nos trata dos veces que se sepan, y también callamos.

¡Oh dignidad nacional! ¡Oh pueblo de Pavía y San Quintín! ¿Qué así procedamos cuando aún no se han derribado el Escorial ni el Dos de Mayo! ¡Dívennos otro... otro favor de la política francesa!

Napoleón se complacía en vernos emarcar con Francia por la senda del progreso.»

Para las Tullerías, el progreso consiste en la sumisión a la política imperial. Este progreso, pues, nos reduce a un departamento de Francia. (Pasemos este trago)

Lamento el frecuente cambio de ministros enviados por el Gobierno español a Francia.»

Esto piensan los periódicos, esto piensa España. Pero ¿cómo piensa el Gobierno? Difícil es adivinarlo; pero se puede sospechar por lo que dice un periódico ministerial, el más genuino representante del actual Gobierno:

«Como verán nuestros lectores en el despacho telegráfico que en otro lugar insertamos, anteayer fué recibido en audiencia pública nuestro embajador en París, señor marqués de Lema, por el Emperador Napoleón.

El Soberano francés se expresó en términos sumamente lisonjeros para España, para la Reina y para nuestros representantes, y de sus palabras se desprende que tiene en mucho aprecio cuanto se refiere a nuestro país. Nosotros nos congratulamos de las buenas disposiciones que el Gobierno francés manifiesta hacia España.»

Entre las economías que proyecta el partido progresista para cuando sea poder, deberán de ser, según *La Nación*, 70 millones de reales que se podrían rebajar anualmente al Clero.

Esta es una nueva forma de desamortización que tal vez quedo por hacer a los progresistas. Alguna otra discurrirán todavía, como lo de las iglesias de Madrid que tienen tantos piés de terreno. Aún no se ha andado todo.

En la lucha civil é intestina de los progresistas, divididos en los dos campos de olzagistas y esparteristas, no ha tomado parte el periódico *Las Novidades*. De ello quieren sacar sustancia los ministeriales, pero el periódico aludido les desahucia diciendo que no conciben por esto esperanzas.

Al Gobierno debe de haberle gustado poco que *La Iberia*, a la cual se figuraría tener medio pescada, proclame con el mismo ahínco de siempre la política de retraimiento. Si los progresistas se le van, tendrá un nuevo disgusto que añadir a los que le van lloviendo encima. Descontento en casa; desdenes en la vecindad; lecciones del extranjero.... Na gana O'Donnell para sustos.

Conociendo el estilo que usa Napoleón y el desenfado con que habla a los representantes de España, casi podríamos dictarle el discurso que ha de dirigir a la Reina, seguros de que no había de parecerle mal. Lo escribiríamos así:

Señora: Siento una gran satisfacción, etc. Me complace mucho ver que vuestro Gobierno, dócil a las insinuaciones, y conociendo la buena voluntad de mis consejos, haya reconocido el reino que con mis amigos hemos fundado allá en Italia. Merecen elogios vuestros ministros, que, más ilustrados y civilizados que el país que rigen, han merecido que les concediéramos el honor de admitirlos en nuestro concierto. Lamento, sin embargo, que España, nación a la

cual mi familia ha manifestado siempre una grande afición, cambie con tanta frecuencia de ministerios; pero esto me proporciona el placer de que Europa conozca a los grandes hombres que honran ese país, digno de mejor suerte.

V. M. sabe que estoy dispuesto a dar mis leales consejos en todo lo que ocurra, sea en cuestión de enseñanza, de hacienda, de gobierno o de política internacional, seguro de que mis consejos estrecharán las relaciones de armonía hasta confundirlos en uno. He dicho.

Dos señores Sacerdotes de Vich, para evitar dificultades y recelos, han manifestado en el periódico de aquella ciudad, que imprimieron una hoja que contenía la protesta a Su Santidad con la autorización del señor fiscal.

Esto debe hacerse; obrar según la ley, pero con energía.

Un periódico ha recibido ayer cartas de Vinaroz, en que le dan cuenta de haberse elevado a plenario la causa formada por los sucesos ocurridos en aquel pueblo en la noche del 20 del pasado, en que los revoltosos dieron las voces, «¡viva Espartero! abajo los consumos!» Añade que las personas presas no tienen carácter político alguno, y sólo sospecha que estas voces de tuvian por origen los sobrecargados que están los contribuyentes del referido pueblo; pero nos parece que un motín promovido con una falsa alarma de que en Uldecona había un ejército carlista, y en el cual se dan vivas a Espartero, difícilmente se puede desaudar del carácter político.

Iláblase de un viaje que el Emperador hará a Portugal después de su entrevista con la Reina de España. No creemos en esta noticia.

Se anuncia que el Padre Claret va a ser sustituido en el cargo de confesor de S. M.

La *Gaceta* de ayer ha publicado el siguiente anuncio oficial:

«El Excmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, por acta fecha 30 de Agosto último ha hecho cesar canónica el Estado de los bienes del Clero de su diócesis, cumpliendo lo estipulado en el Convenio adicional al Concordato de 1851.»

Por abundancia de materiales retiramos los discursos pronunciados por el Emperador Napoleón y el marqués de Lema en el acto de la recepción de este como embajador, los cuales publicaremos mañana, como también el discurso de despedida del Sr. Mon.

ULTIMA HORA.

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 5.

Algunos periódicos de París y Londres consideran como una indicación semi-oficial de la existencia de una alianza ofensiva y defensiva entre Francia é Inglaterra el artículo del *Morning-Post* sobre el tratado de Gastein.

BERLIN, 2.

Asegúrase que el Emperador de Austria visitará próximamente al Rey de Prusia en Berlín.

ROMA, 2.

Ha fallecido José Bonaparte, Príncipe de Malignan.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores a los precios siguientes:

Títulos del 5 por 100 consolidado 41-80 publicado.

Títulos del 5 por 100 diferido 58-60 publicado.

Deuda del personal 23-00 no publicado.

La *Gaceta* ha publicado el estado demostrativo del resultado de la subasta celebrada el día 31 de Agosto último en la dirección de la Deuda, para la adquisición de créditos de las deudas amortizables de primera clase, de segunda interior y exterior, y de la del Tesoro, procedente del personal.

A propuesta del capitán general de la isla de Cuba, se ha mandado abonar por entero el sueldo de todo el tiempo que estuvieron prisioneros, asistiendo los heridos en Santiago de los Caballeros, a los practicantes D. Juan García Vega y D. Pedro Quintano.

Según los periódicos de noticias, tenemos en Madrid al Príncipe Amadeo de Cerdeña.

Ayer é las seis de la tarde dejó de existir la joven esposa del Sr. Cánovas del Castillo, ministro de Ultramar. Acompañamos a este señor en su natural sentimiento.

Dios haya recibido en su santa gloria el alma de la finada.

El Sr. D. Florencio García, Cura párroco de la iglesia de San Luis de esta corte, ha fallecido: un ataque apoplético le ha conducido al sepulcro al caso de su edad vital. La pérdida de este Sacerdote tan ilustrado como piadoso, es sensible para la Iglesia, para sus feligreses, por cuantos tenían el gusto de tratarlo, y sobre todo, para los pobres, a quienes atendía con especial predilección despegando una caridad sin límites. Suplicamos a nuestros lectores que encomienden a Dios el alma del virtuoso eclesiástico que la Iglesia acaba de perder. A las nueve de la mañana de hoy se han celebrado los funerales por el eterno descanso del finado, y acto continuo ha sido conducido el cadáver al cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés.—R. I. P.

El Sr. Otero, jefe del personal de la dirección de

